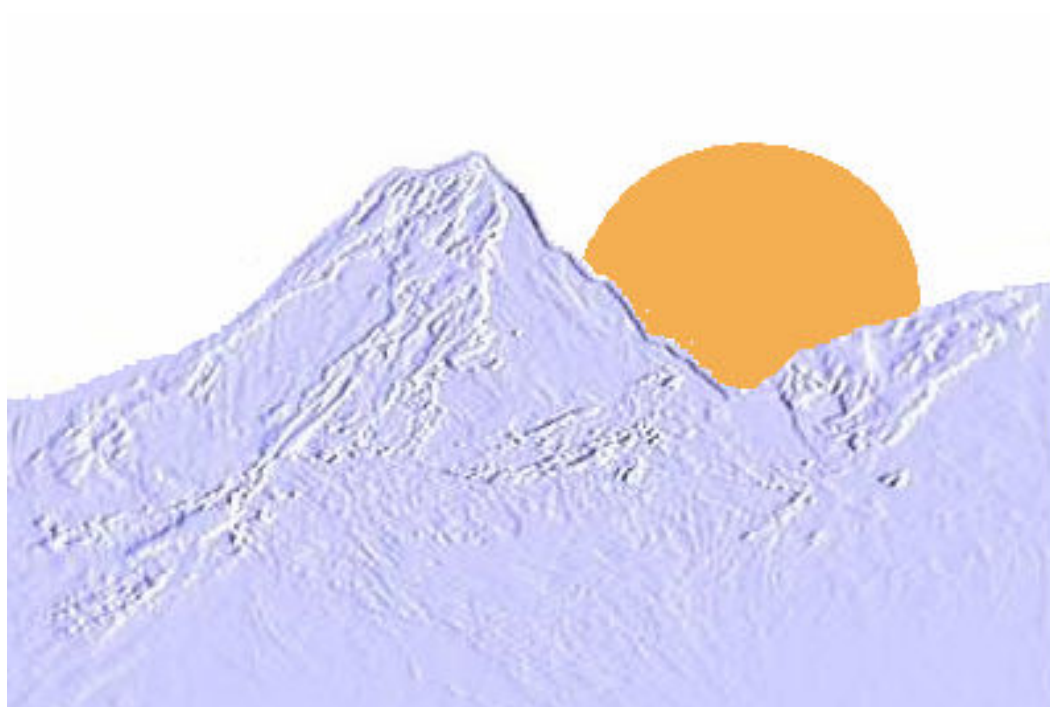


Amanece en el Tíbet

y otros cuentos



Luis Aparicio Sanz

Mayo de 2007



Para todos aquellos caminantes
que han recorrido conmigo
parte de su camino.



<http://3J48175.copyrightfrance.com>

Luis Aparicio Sanz
luis.aparicio.sanz@gmail.com

Valencia (España)
Mayo de 2007





Índice

☐ Amanece en el Tíbet	3
☐ El gorrión Aguila	9
☐ El abuelo	13
☐ Belinda	18
☐ La gatita blanca	22
☐ La Reina Madre	27
☐ El Búho Sabio	33





Amanece en el Tíbet

Amanece en el Tibet, la noche va muriendo lentamente, la luz del alba comienza a iluminar progresivamente la oscuridad que cubría todo en aquella noche sin Luna.

Se van oyendo algunos gallos saludando el nuevo día, orgullosos de ser los primeros tibetanos en dar muestras visibles, o más bien audibles, de vida después de la oscura noche. Pobres ignorantes, no saben que Tsong, un joven lama, ya lleva varias horas levantado.

Tsong madrugó hoy más de lo habitual, había quedado con su maestro, el lama Ngari, para dar un paseo al amanecer por el pueblo cuyas casas, construidas con pellas de tierra y recubiertas de tejas sin cocer, se apiñan al pie del monasterio.

Tradün es un pueblo tranquilo, como todos los pueblos del Tibet. Sus habitantes son personas sencillas y trabajadoras y sienten una gran devoción por los lamas que habitan en el monasterio.

Después de dar un paseo por el pueblo los lamas se encaminan hacia un lugar donde el paisaje es impresionante, Tsong y su maestro, Ngari, se dirigen hacia el Sur del pueblo, donde sentados en unas rocas pueden observar las enormes cimas del Himalaya, a más de cien kilómetros de distancia.

Ambos lamas sentados, en silencio, meditan ante tan maravilloso espectáculo que les brinda la naturaleza.

Cuando la meditación termina, comienzan a charlar sobre asuntos del monasterio y de las enseñanzas que Tsong debe seguir





para ir completando su formación y su evolución espiritual. Sobre todo para esto último era para lo que Ngari tenía que ayudarle, al igual que a él le había ayudado su maestro hacía bastantes años cuando él era el discípulo.

Ngari solía enseñar a Tsong aparentemente pequeñas cosas pero que, cuando Tsong las digería y asimilaba, resultaban ser grandes lecciones. Como él decía: “las cosas más importantes suelen ser muy sencillas, no busques tu desarrollo espiritual en laberintos dialécticos o filosóficos... sólo deja que en cada momento tu espíritu encuentre por sí mismo su camino. El hombre sabio puede aprender hasta de una hormiga, basta con que la observe detenidamente, sin juzgarla, sin preguntas... seguro que la maestra hormiga le enseñará algo importante a su espíritu. Realmente ella no le enseña nada, porque ya todo está... ella sólo le ayuda a encontrarlo”.

Ngari era un gran observador de los animales y le gustaba enseñar a sus alumnos contándoles cuentos de animales o ayudándoles a observar algún hecho, que de otro modo pasaría inadvertido, que tenía lugar a su alrededor y en el que estaba implicado algún animal. Tenía especial predilección por los gatos, según le había comentado a Tsong, los gatos son muy independientes y si te aprecian es porque les apetece o les interesa por algo, los perros, en cambio, son fieles a sus amos aunque no estén contentos con el trato recibido. Por eso Ngari valoraba más el cariño de un gato que el de un perro, el gato si no está a gusto contigo simplemente se va a otro sitio. Hay parejas que están juntos como lo estaría un perro, por costumbre, por servidumbre, por miedo... en cambio aquellas parejas en las que ambos se sienten motivados, llevando a cabo sus objetivos personales individuales a la vez que un proyecto de vida en común, esas parejas son las que más provecho sacan a su unión, son las que se apoyan mutuamente, son esos compañeros de viaje que van caminando juntos, superando multitud de vicisitudes que van sucediendo a lo largo del sendero de sus vida. Pero para eso tienen que sentirse libres, saber que están ahí porque lo desean, no por obligación, porque así lo han decidido y, a pesar de los vaivenes de la vida, se sienten con fuerzas para continuar juntos... precisamente porque están juntos.





Cuando hablaba de estos temas, el rostro de Ngari denotaba cierta nostalgia. Había tenido un pasado bastante movido, antes de llegar al monasterio estuvo unido a varias mujeres, con ninguna encontró lo que buscaba... tal vez, como a veces le había comentado a Tsong, lo que buscaba no era real o es posible que no estuviese preparado para caminar junto a una compañera.

Tsong, cuando su maestro le hablaba de su pasado se sentía privilegiado puesto que eso implicaba que Ngari depositaba en él una gran confianza. En el monasterio Ngari no le contaba a cualquiera cosas de su pasado pero con Tsong solía sincerarse en muchas ocasiones, existía una gran conexión entre ambos y, como solía decirle el maestro: “si contándote algo de mi pasado consigo que aprendas de mis errores sin que tengas que pasar por ellos, cosa bastante difícil, habrá merecido la pena arriesgarme a que no me veas como un maestro pero... ten en cuenta que todos los maestros somos humanos y, en muchas ocasiones, nos equivocamos”.

Esa vertiente tan humana y sensible de Ngari era algo que Tsong valoraba sobremanera. Otros maestros se cubrían de un disfraz de perfección y virtudes que, en muchas ocasiones, estaba muy lejos de la realidad.

Mientras hablaban de estos y otros muchos temas que interesaban a ambos, observaban como una gata, que solía merodear por ese lugar y a la que solían traer algo de comida estaba jugando con sus hijos, dos gatitos muy pequeños que la mordían cariñosamente en el rabo, que ella movía a propósito para inducirles a jugar.

Ngari al ver esos juegos le comentó a Tsong que esa era la mejor forma de aprender, jugando, de esa manera los animales aprendían desde pequeños aquello que iban a necesitar cuando crecieran para poder sobrevivir. Los humanos también aprenden mejor cuando disfrutan con lo que están aprendiendo, cuando aquello que hacen les interesa y les motiva. Tal vez por eso Ngari era tan buen maestro, se le notaba que era feliz enseñando a los alumnos que le eran asignados a su cargo, era algo con lo que





Ngari se sentía como un niño, jugando a enseñar a otros niños. Al fin y al cabo, como bien decía, “la sabiduría no es algo absoluto, cada cual tiene apenas un fragmento diminuto de la totalidad, por eso mientras te enseño... yo también aprendo y por mucho que aprenda siempre quedará algo por aprender”.

En un momento de su conversación observaron cómo la gata reprendía con gran contundencia a sus gatitos, dándoles con la pata, para que no mamaran.

Ngari señaló este comportamiento a Tsong y le dijo que esa actitud de la gata denotaba el gran amor que sentía por sus hijos, puesto que a pesar de quererlos mucho les reprendía e impedía que mamasen de ella, de esa forma ellos podrían aprender a comer otros alimentos y eso, unido a los juegos que les preparaban para cazar, haría que pudieran independizarse y continuar su vida por su cuenta, sin depender de ella. Del mismo modo, algún día Tsong tendría que seguir su camino por sí mismo, sin el apoyo de Ngari que, a pesar de apreciarle mucho y haberle enseñado muchas cosas, tendría que dejarle seguir sólo.

Tsong, con gran pesar, dirigió su mirada, pensativo, a la gata y sus gatitos. Por su mente pasaron muchos buenos momentos en compañía de su maestro. No le agradaba nada la idea de que algún día tendría que dejar de tener ese contacto diario que ahora tenían. Comprendía los motivos, sabía que su maestro estaba en lo cierto y que eso era algo natural. De hecho, todos, en algún momento de nuestra vida, perdemos a alguien querido, bien porque se muere, bien porque debemos cambiarnos a vivir a otro lugar o se cambia él, e incluso se produce esa sensación de dolor y tristeza cuando el hijo o la hija abandonan el hogar paterno, tanto por parte de los padres como de los hijos. Pero no son sólo estas las situaciones en las que se padece ese sufrimiento, existen otras muy diversas que, a poco que uno recuerde, nos ocurren a lo largo de nuestra vida en diferentes situaciones y con distintas personas. Evidentemente el proceso de duelo que sigue a cada una de las situaciones es muy variado puesto que en ese proceso influyen gran cantidad de parámetros, difíciles de cuantificar por ser diferentes para cada situación y para cada persona. De todos es sabido que dos personas no reaccionan igual ante la misma situación.





Tsong, levantó la mirada y fijo sus ojos en los de su maestro, y le hizo una pregunta que más bien parecía un ruego:

-Maestro, ¿sabes cuando llegará ese momento en el que tendré que seguir sólo?

Ngari, manteniendo la mirada de su querido alumno, le contestó con dulzura:

-Tsong, en el monasterio has aprendido muchas artes y ciencias, eres un alumno muy aventajado en muchas materias, yo apenas te he enseñado un diez por ciento de lo que has aprendido pero seguramente hay una lección que te enseñé hace tiempo que debes haber olvidado. El futuro es impredecible, debemos estar preparados para afrontar lo que nos depare y aceptar los designios que el destino nos tiene reservados. Sabes que eso ocurrirá, igual que sabes que algún día moriré y que tú también algún día morirás. Todos lo sabemos pero intentamos dejar de lado esa realidad porque no nos atrae nada comprender que sólo estamos de paso por este lugar al que tanto nos aferramos. A pesar de que estamos en una cultura en el que la muerte se ve de diferente manera a como la ven los occidentales y de que sabemos que después de esta vida nos reencarnaremos y viviremos otra vida... a pesar de todo eso, en ocasiones, nos entristece separarnos de alguien a quien apreciamos. Pero piensa que aunque estemos alejados una parte de mi estará contigo y una parte de ti estará conmigo, puesto que los dos hemos aprendido uno del otro y los dos nos sentimos unidos. Bastará con que pienses en algún cuento que te haya contado para que me sientas a tu lado. Por eso te digo que, aunque sigas caminando sólo, siempre tendrás a tu lado tus recuerdos y todo aquello que has aprendido, todas esas enseñanzas te acompañarán a donde vayas y se irán complementando con otras lecciones que irás aprendiendo de otras personas y situaciones.

Aquellas palabras ya las conocía Tsong, se las había oído otras veces a su maestro, pero en aquella ocasión sonaban con más solemnidad, tal vez porque el discípulo estaba empezando a percibir que la hora de seguir su camino por sí mismo estaba





acercándose y que ya le quedaba muy poco tiempo para disfrutar de las enseñanzas de ese gran hombre.

No obstante, Tsong siguió hablando de gran variedad de temas con su maestro durante la vuelta al monasterio, sabía que debía aprovechar cada momento de su compañía, al igual que tenía que aprovechar cada momento de su vida puesto que no sabía cuando llegaría a su fin y lo más importante de cada momento es ese momento puesto que el presente es lo único que tienes, lo único que existe realmente.





El gorrión Águila

En un pueblecillo español nació un gorrioncillo junto con sus hermanitos, sus padres eran muy atentos y comprensivos y le enseñaron todo lo que sabían para que pudiera enfrentarse a las dificultades que la vida tenía y sobrevivir.

Desde pequeño siempre había sido un gorrioncillo muy raro, le gustaba subirse al sitio más alto que divisaba y estar allí horas y horas mirando a su alrededor. Cuando estaba en el lugar más alto se sentía feliz, era dichoso, sentía una indescriptible sensación de bienestar que le encantaba.

El resto de sus hermanos y vecinos comenzaban a comentar entre ellos esta extraña afición del gorrioncillo, lo cual le valió que le pusieran el apodo de “el Águila” porque siempre estaba en el lugar más alto.

Cuando creció realizaba largos vuelos alejándose de su zona para conocer nuevos lugares, en los que hacía nuevos amigos y en los que siempre buscaba el lugar más alto desde el que pudiera verlo todo.

Sus incursiones en otros territorios eran cada vez más largas y alejadas, así iba conociendo a otros gorriones con los que hablaba y a los que preguntaba por el lugar más alto que había en la zona donde vivían. Solía ser bien recibido puesto que les contaba historias de otros lugares en los que había estado.

De esta manera, hubo un día en el que “el Águila” ya no volvió al lugar donde había nacido, se había despedido de sus padres y hermanos y les había dicho que iba a buscar el lugar más alto del mundo, ese era ahora su mayor deseo.





Empezó alejándose, siguiendo con su costumbre de hablar con sus semejantes y preguntarles por el lugar más alto de la zona donde estaban. Luego indagaba hasta que algún gorrión aventurero le comentaba de algún sitio del que le habían hablado en el que había una montaña todavía más alta que la más alta de los alrededores... eso era suficiente para que “el Águila” volase hacia el lugar que le indicaban.

Pasó mucho tiempo y cada vez iba consiguiendo llegar a lugares más altos, algunos de ellos tan altos que incluso las águilas no llegaban a ellos, llegó a volar hasta la cumbre más alta de la Tierra.

Estaba muy orgulloso de ser el gorrión que más alto había llegado a estar, hasta que un día otro gorrión, en un país lejano, le dijo que todavía podría llegar más alto, que él sabía cómo podía llegar más alto.

Este era un gorrión ya viejo que de jovencillo había tenido las mismas inquietudes que “el Águila”. Hablaron mucho, de muchos temas, y le contó sus experiencias y sus aventuras más extravagantes. Por fin le contó su última hazaña, a partir de la cual dejó de volar a los sitios más altos.

Hacía muchos años, se encontraba cerca de un aeropuerto y al ver cómo aquellos pájaros de hierro despegaban y subían alto, muy alto, más alto de lo que él nunca había conseguido llegar... pensó que si se posaba sobre uno de esos aparatos lograría llegar más alto de lo que nunca ningún otro gorrión había llegado.

Así que decidió probar suerte. Voló hacia uno de esos enormes pájaros de hierro y se posó en un sitio en el que pensó que podría viajar cómodamente.

Esperó impaciente el momento en el que el pájaro de hierro que había elegido despegase y comenzase a ascender en el aire. No tardó mucho en comenzar a deslizarse por la pista y despegar. El gorrión se sentía emocionado, subiendo cada vez más alto, cada vez más alto, sin parar. La vista que desde allí tenía era





impresionante, nunca antes había subido tan alto, nunca antes había estado más alto que la más alta de las montañas, más alto de lo que nunca había subido ningún ave en el mundo.

Pero cuando se dio cuenta de que el avión seguía subiendo y de que desde esa altura le costaría mucho poder llegar de nuevo a tierra, sintió miedo y se preguntó “¿merece la pena morir por llegar donde nunca ha llegado ningún otro gorrión?”. Evidentemente la respuesta que se dio fue negativa puesto que saltó del avión y con gran dificultad logró llegar al suelo después de bastante rato, cansado y extenuado.

Desde entonces ya no buscaba constantemente subir más alto, aunque de vez en cuando le gustase posarse en lugares altos y contemplar el paisaje desde allí, saboreando la soledad y tranquilidad que en esos lugares solía sentirse.

Nuestro gorrióncillo quedó muy impresionado por aquella historia y estuvo dándole vueltas varios días... hasta que tomó la decisión de seguir los pasos del viejo gorrión, pero él llegaría más alto, él no iba a rendirse tan pronto, el llegaría hasta donde el pájaro de hierro llegaba.

Dicho y hecho, buscó el aeropuerto más cercano, eso le resultó fácil, sólo tuvo que seguir el vuelo de los pájaros de hierro durante varios días hasta que localizó el aeropuerto.

Llegar a posarse en uno de ellos también le resultó muy fácil, ya sólo le quedaba esperar a que despegase. Mientras tanto, recordó con emoción la historia del viejo gorrión y comenzó a sentir en sí mismo las sensaciones que le contó sobre lo que sentía mientras esperaba... esa mezcla de emoción, impaciencia y miedo.

Por fin llegó el momento esperado, el avión comenzó a deslizarse por la pista y, un momento después, estaba despegando y surcando el aire, subiendo cada vez más.

“Llegaré donde ningún otro gorrión ha llegado nunca”, se repetía mentalmente “el Águila” ... “yo sí que podré aguantar, soportar el miedo y lograr llegar a lo más alto”.





El avión seguía subiendo y subiendo, cada vez más alto; el gorrión agarrado lo más fuerte que podía al chasis del avión, aguantando el miedo y soportando las tremendas corrientes de aire y el intenso frío, seguía empeñado en aguantar hasta llegar a lo más alto.

Y logró su propósito, llegó a lo más alto, pero entonces comenzó a sentir que le faltaba el aire, que no podía respirar y que tampoco podía mover sus patas puesto que se había quedado inmovilizado por el frío, todavía pudo mirar a su alrededor un momento y contemplar la vista que desde allí se veía antes de exhalar su último suspiro y morir.

Abajo, en el aeropuerto, el viejo gorrión, que le había seguido de lejos hasta ver como se posaba en el avión, esperó inútilmente ver volver a “el Águila”... y una pregunta surgió en su mente... “realmente ¿le habrá merecido la pena?”.





El abuelo

Mi abuelo, casi noventa años de trabajo y sabiduría, falleció hace algunos años, cuando llegó a una edad a la que, según él, ningún hombre de su pueblo que conociese había llegado.

Solíamos salir a pasear por la orilla de la playa, del mar Mediterráneo, lejos de su pueblo natal, donde sus hijos tuvieron que emigrar por falta de un trabajo adecuado que pudiera satisfacer sus expectativas de un futuro mejor. Le gustaba caminar temprano, cuando aún está amaneciendo, cuando la única prueba de que el ser humano estaba cerca eran esos pocos pescadores que, con paciencia, se sentaban en silencio, esperando que algún pez picase el anzuelo, con la mirada fija en el sedal, en el horizonte o en el agua, esperando como quien no espera, puesto que lo más importante no era el futuro, sino el presente, disfrutando de ese momento, ese momento irrepetible, cada día igual pero diferente, ese momento de calma, de paz, de silencio sólo roto por el murmullo de las suaves olas al romper en la orilla.

Me gustaban esos paseos, aunque a veces no hablásemos de nada interesante, aunque ni siquiera hablásemos, sólo la naturaleza y su compañía, serena, tranquila. A veces parecía que el tiempo se detenía y que no había nadie más en el mundo, que sólo existía ese momento, que no había pasado, ni futuro. Su filosofía de la vida era simple, sus necesidades materiales también, estaba acostumbrado a vivir con muy poco, a aprovecharlo todo, incluso cada momento era aprovechado para disfrutar de la felicidad de vivir. Esa felicidad, fruto de la austeridad, se reflejaba en su rostro, siempre sonriente, rostro curtido por las labores en el campo bajo el sol de Castilla, pómulos enrojecidos desde que yo recordaba, color que denotaba salud y bienestar.





Recuerdo un día, poco antes de emprender su nuevo camino hacia quién sabe donde, que paseando por esa playa, que tan bien conocíamos, mirando cómo volaban plácidamente unas gaviotas me preguntó: “¿crees que vuelan para conseguir alimento o lo hacen por puro placer?”.

Me quedé pensando un momento, no sabía que responderle puesto que ignoraba lo que pensaban y sentían las gaviotas. Al final le contesté con otra pregunta: “conozco menos que tú a los animales ¿para qué piensas que vuelan?”.

Meditó unos minutos, sin prisa, hasta que una sonrisa inundó sus labios y me contestó: “están disfrutando con sus vuelos, conseguir comida, en estos momentos, es algo secundario que no desdennan pero tampoco las obsesiona”.

Sólo alcancé a asentir con la cabeza, sonriéndole. Sus respuestas solían ser sencillas pero repletas de sabiduría, esa sabiduría que sólo se consigue con los años, que sólo tienen aquellos que han vivido muchas experiencias y ha aprendido de ellas. En ese momento, no acabé de ver claro lo que quería decir, desde entonces ha habido momentos en mi vida en los que esa frase ha surgido en mi mente y me ha ayudado a comprender algunas cosas.

Al poco rato, le dije: “la verdad abuelo es que, a veces, no entiendo muy bien las frases que me dices, pero sé que están llenas de sabiduría y por eso te quería hacer una pregunta, tú que has vivido tantos años, conocido a tanta gente y pasado tantas experiencias en unos años en los que la vida era más difícil, tal vez me podrías responder a una pregunta que lleva tiempo requiriendo mi atención; abuelo, ¿cuál es el sentido de la vida?”.

Seguimos caminando, sin prisas, supongo que estaría pensando qué respuesta iba a darme a aquella pregunta tan abstracta. Después de un buen rato bañando nuestros pies en el agua que las olas llevaban hasta la orilla, llegamos a una zona en la que había un grupo de piedras que habían quedado al descubierto al robarles el mar la arena que las cubría. Se paró sobre las piedras, mirándolas con atención. Yo también comencé a mirar las





pedras, las había de muy distintos colores, todas redondeadas por la lucha que habían tenido que sufrir con el mar antes de llegar a la orilla. El abuelo se agachó y cogió una de las piedras.

Miraba la piedra roja que había cogido con curiosidad, sonriendo, como si hubiese encontrado la respuesta a mi pregunta, y me dijo: “esta piedra roja podías ser tú, todos sus cantos redondeados por su lucha con el agua del mar, al igual que la vida, todas las experiencias que vives, van dándote forma, limando tus cantos. Toma coge la piedra”.

Me dio la piedra con suavidad, como si me entregase un tesoro. Cogí la piedra y la note caliente, el abuelo pareció leer mi pensamiento: “está caliente porque absorbe y mantiene durante un tiempo el calor de las manos por las que pasa, al igual que tú que vas absorbiendo experiencias de las personas que vas conociendo durante toda tu vida”.

No sabía muy bien que me quería decir mi abuelo y supongo que mi cara denotaba mi estupor cuando mi abuelo, después de mirarme a los ojos con atención, me dijo: “imagínate que esa piedra es la respuesta a la pregunta que te estás haciendo, piensa que esa piedra tiene la respuesta que tanto anhelabas encontrar”.

Seguía mirándole con expectación, esperando ver a donde llevaban sus suposiciones, y continuó diciendo: “ahora tira la piedra al mar, lo más lejos que puedas”.

Hice algo que siempre me había gustado hacer, tiré la piedra con fuerza, con un ángulo adecuado para que rebotase varias veces sobre la superficie antes de hundirse en el agua. Rebotó cuatro veces antes de irse al fondo.

Miré al abuelo, con cara de interrogación, como esperando que continuase para responder mi pregunta, pero él callaba, parecía que ya había terminado y yo no me había enterado de lo que pretendía decirme, al final terminé por decirle: “todavía no has contestado a mi pregunta”.





Me miró, con cariño y me dijo: “la respuesta estaba en la piedra, la has tirado al mar... ¿crees que podrías encontrar la piedra que has tirado?”.

Contesté, sin saber a dónde llevaba esa conversación: “no sé, creo que sería muy complicado, casi imposible, volver a encontrar esa misma piedra”.

El abuelo espero unos instantes y luego continuó hablando: “a lo largo de nuestra vida, en ocasiones, encontramos indicios que nos hacen vislumbrar la respuesta a alguna de las preguntas esenciales que solemos hacernos, pero como la vida continúa solemos dejar de lado esos indicios, igual que tú has tirado esa piedra”.

Mi curiosidad todavía no se había saciado: “abuelo, entonces ¿cómo podemos volver a encontrar esa piedra, es decir esa verdad?”.

El abuelo miró hacia donde yo había tirado la piedra: “desde luego es casi imposible volver a encontrar la misma piedra, pero aquí tienes otra piedra”, se agachó y me entregó otra piedra.

Se me debió de quedar cara de bobo, su sonrisa así lo indicaba cuando siguió diciendo: “no me mires así, todas las piedras contienen la respuesta, incluso tú tienes la respuesta... sólo tienes que buscarla en tu interior... nadie puede contestarte esas preguntas, son cosas que tienes que aprender por ti mismo, buceando en lo más profundo de tu ser, desde el exterior sólo te pueden llegar ciertas señales que te orienten en tu búsqueda, el sendero de tu búsqueda sólo lo puedes andar tú y hay muchos senderos, tantos como piedras, pero a la verdad se llega por muchos de ellos, puede costarte más o menos según el sendero que elijas”.

El regreso a casa fue rápido, o por lo menos así me lo pareció, puesto que mi cerebro iba intentando comprender y asimilar la lección magistral que me había dado mi abuelo, ese anciano con pocos estudios pero “Doctor en Ciencias de la Vida”.





Con el tiempo sus lecciones me ayudaron a elegir los senderos adecuados, aunque como él decía: “cualquier sendero es el adecuado, siempre que lo sigas sin detenerte mucho a dudar sobre si has escogido el adecuado, o aquél otro hubiese sido mejor, o qué habrá al final del sendero que has elegido, o que hubiese habido al final de aquel otro que no elegiste... porque entonces no estás viviendo el presente, es decir NO EXISTES, puesto que lo único que existe es el presente”.

Cuando falleció no pude reprimir escribir en su epitafio, bajo su nombre, “Experto en Mineralogía”. Espero que, desde donde esté, haya sonreído al ver que aquella lección que me dio me ha servido mucho y que sigo recordando aquella piedra roja que nunca más pude encontrar...





Belinda

Belinda era una cucaracha joven que vivía en los alcantarillados de un pequeño pueblo levantino español, donde durante gran parte del año hacía un tiempo muy adecuado para que las cucarachas pudieran vivir cómodamente, donde la comida era abundante y donde no había animales que las molestasen.

Era una cucaracha muy alegre y extrovertida, tenía muchas amigas y todavía más amigos, puesto que Belinda, era una cucaracha muy hermosa. Despertaba admiración allá donde iba, su silueta encajaba perfectamente en el modelo de belleza que imperaba entre las cucarachas, todas las cucarachas deseaban tener un cuerpo tan armonioso como el suyo, su rostro era la envidia de muchas de sus amigas y despertaba una gran atracción entre muchos de sus congéneres.

Tan hermosa era que había conseguido quedar entre los cinco primeros puestos de los concursos de belleza a los que se había presentado, algunos de ellos habían sido muy reñidos puesto que la afluencia de competidoras fue muy numerosa y variada puesto que participaron las mejores de numerosas colonias y alguno de esos concursos había sido en colonias muy alejadas.

Belinda se sentía feliz, todas las noches, al levantarse, se miraba al espejo durante largo rato, observando detenidamente todo su cuerpo, admirando su esbelta figura y retocándose sus antenas con coquetería. Su madre le dijo un día que parecía que estaba enamorada de ella misma, al verla mirarse de esa manera en el espejo durante tanto rato. Pero ella se sentía dichosa de tener ese cuerpo y esa cara y de disfrutar tanto mirándose en el espejo.





No le resultaba fácil mantener esa línea, tenía que cuidarse mucho, debía controlar lo que comía y la cantidad que comía. Es cierto, en ocasiones pasaba hambre, e incluso había veces que sentía envidia de otras cucarachas fondonas a las que les daba igual su figura y que se pasaban el día comiendo todo lo comestible que encontraban. Ellas tenían envidia de ella por su figura pero no eran capaces de tener la fuerza de voluntad que ella demostraba al controlar su ingesta de alimentos.

Pero todos los esfuerzos merecían la pena con tal de poder mirarse al espejo y verse tan hermosa, valía la pena ver los ojos de sus congéneres siguiéndola cuando pasaba para poder admirar su belleza, su armonía, su elegante manera de caminar. Esa elegancia no era innata, le había costado bastante tiempo aprenderla con una profesora particular, Jennie, una gran modelo ya retirada que se dedicaba a dar clases a aquellas cucarachas que deseaban presentarse a los concursos de belleza.

Jennie le enseñó gran parte de sus modales, la forma en la que debía caminar para despertar una gran admiración, era prácticamente un arte caminar de esa manera, despertar la sensualidad, con esos sinuosos pasos, en sus congéneres del sexo opuesto.

Belinda era una gran alumna, Jennie llegó a decirle un día, en una conversación de “cucaracha a cucaracha” que estaba muy orgullosa de ella, que la consideraba la mejor alumna que había tenido y que pensaba que llegaría muy lejos, siempre y cuando siguiera sus consejos y no se apartara nunca de los secretos que estaba aprendiendo para mantenerse hermosa.

En su comunidad ya empezaban a murmurar que Belinda era el ideal de la belleza, que nunca habían visto ninguna cucaracha tan hermosa y que con cada concurso que se presentaba iba ganando en desenvoltura al desfilarse ante el jurado y público asistente. Su madre se ponía muy contenta cuando oía estos comentarios, aunque sabía que eran un poco exagerados puesto que a esos concursos iban otras cucarachas tan hermosas como su hija; prueba de ello es que no siempre conseguía el primer puesto, aunque se mantenía entre los cinco primeros.





Por esos días, Belinda estaba muy ocupada cuidándose y recibiendo clases de Jennie con mayor frecuencia de lo habitual. En unos días había un importante concurso de belleza que reunía a las 50 comunidades de cucarachas más numerosas de los alrededores.

En ese período de tiempo anterior a un concurso la noche se pasaba volando, los minutos para el descanso eran muy pocos puesto que la preparación era muy rigurosa. En cuanto a la comida... el cuidado era extremo, no podía pasarse ni un gramo de la dieta rigurosa a la que le sometía Jennie. Pero todos esos esfuerzos seguro que se verían recompensados con un buen resultado en el concurso, como en otras ocasiones.

Apenas tenía tiempo para disfrutar con sus amigas, ni de realizar otras actividades que le gustaban. Durante ese periodo, en su mente, sólo existía el concurso, no había otro pensamiento. Gran parte de la noche la pasaba preparándose con Jennie, realizando ejercicios para mejorar su silueta, practicando su forma de andar y de colocarse. Jennie era muy exigente en estos períodos puesto que sabía lo importante que era esa preparación exhaustiva de última hora para el buen desarrollo de la actuación de Belinda en el concurso.

Jennie conocía lo difícil que era esa vida, sabía lo duro e ingrato que es mantener esa figura ideal que todos admiraban, esa hermosura que tanto llamaba la atención y también sabía lo exigentes que eran los miembros del jurado y lo dura que era la competencia de otras cucarachas dispuestas a ganar el concurso igual que lo estaba Belinda.

Por fin llegó el deseado y temido día del concurso. La afluencia de cucarachas era enorme, el jurado estaba colocado en un lugar privilegiado para poder observar con gran detalle a todas las participantes. Todas las concursantes estaban muy nerviosas, deseando que todo terminase para poder relajarse y descansar, los nervios se notaban en el ambiente.

Una tras otra, todas las cucarachas que concursaban fueron recorriendo la pasarela, mientras el público aplaudía y, en





ocasiones, vitoreaba a las concursantes que más les gustaban o a las que conocían.

Los miembros del jurado observaban atentamente a todas las concursantes, puntuaban su belleza, su figura, la hermosura de su rostro, su prestancia y elegancia, etc. Es decir puntuaban una gran diversidad de aspectos en todas las concursantes.

Por fin, el desfile de las concursantes terminó y tras un tiempo que a alguna de las participantes le pareció eterno, el jurado terminó su deliberación y se dispuso a dar su resultado. En unos minutos se sabría en qué puesto había quedado cada una de las concursantes.

Cuando el portavoz del jurado se disponía a hacer públicos los resultados, se oyó un enorme zumbido y notaron una ráfaga de aire seguida de un estridente golpe... un enorme pie humano había caído sobre parte de los miembros del jurado y sobre algunas de las participantes del concurso. Algunas de ellas habían muerto, entre ellas Belinda, otras consiguieron huir atemorizadas a esconderse donde pudieron.

Al parecer, el ideal de belleza humano no se correspondía con el que tenían las cucarachas, sólo así se explica que tanta belleza fuese destrozada de una forma tan cruel y poco sensible.





La gatita blanca

Nació de una gata parda y un gato negro, aunque por el color de su pelo no se parecía a ninguno de los dos, era totalmente blanca, con unos ojos azules como el cielo en un día despejado.

Sus tres hermanos tenían más parecido con sus progenitores, dos eran pardos, como la madre, y uno era negro con un pequeño mechón blanco en una de sus patas.

La verdad es que ninguno de ellos, ni padres, ni hermanos, se extrañaron del color blanco de su hija o hermana, a ellos eso no les importaba; en realidad a ningún gato le importaba el color que tenía él o el que tenían los demás gatos, sus preocupaciones y prioridades eran otras muy diferentes.

Nació en primavera, en un pueblecillo castellano, donde la vida discurría sin grandes sobresaltos y donde los gatos eran muy apreciados por los humanos por ayudarles a mantener a raya a gran cantidad de animalillos que, para los humanos, resultaban muy molestos.

Las primeras semanas de su vida fueron bastante tranquilas, junto con sus hermanos, mamando de su madre cada poco tiempo, recibiendo el cariño y cuidado de su progenitora, una enorme gata que tenía mucha experiencia, puesto que ya había parido muchas veces. A su padre le veían poco, eso era lo habitual entre los gatos, la madre llevaba todo el peso de su cuidado y educación.

En cuanto su madre lo consideró oportuno, les empezó a dejar salir del escondite los había traído al mundo, donde estaban a salvo de todos los peligros que les acechaban en el exterior. Esto era necesario para que, poco a poco, fueran experimentando,





jugando sin parar, y de ese modo pudieran aprender todas las lecciones que debía enseñarles para poder valerse por sí mismos en los pocos meses que ella tenía para aleccionarles.

Los cuatro gatillos, apenas parecían unas bolitas de peluche, se pasaban el día jugando entre ellos, saltando por doquier, corriendo unos detrás de otros, jugueteando con todo lo que encontraban a su alcance, tropezando y cayéndose para luego levantarse y seguir corriendo, simulando peleas entre ellos aunque sin hacerse daño... si alguna palabra pudiese definir esta etapa de su vida, esa palabra sería “felicidad”.

Su madre vigilaba, con aparente indiferencia, los juegos de sus retoños y, cuando hacía falta, ponía orden entre ellos o les enseñaba algo que consideraba necesario para su aprendizaje.

Pasaron unos meses, en pleno verano, los gatitos comenzaron a salir de caza con su madre, ya habían dejado de mamar y tenían que aprender a aplicar las técnicas practicadas en sus juegos a la necesaria actividad de la caza, algo imprescindible si querían sobrevivir en un futuro.

Su madre les guiaba en todo momento, comenzó enseñándoles cómo se cazaba haciéndolo ella para que pudieran contemplar cómo lo hacía. Cuando cazaba algún animalillo les permitía jugar con él antes de comérselo para que pudieran comprobar cómo reaccionaba ese animal, cómo corría, cómo intentaba escaparse. Más tarde fue obligándoles a que cada uno buscara algún animal que pudiera cazar y, observando cómo lo hacían, les iba corrigiendo en aquello que ella consideraba que podían mejorar para ser más eficaces.

El acercamiento a la presa, lentamente, sin ruido, casi sin respirar, hasta hallarse a la distancia adecuada para poder llegar de un salto, esa era una técnica imprescindible y que necesitaba de mucha práctica y tesón. En esta técnica la madre era muy hábil y logró que sus hijos aprendieran a utilizarla con gran destreza... excepto la gatita blanca. Ella aprendió a hacerlo igual que sus hermanos, pero tenía un porcentaje de saltos fallidos superior a ellos.





Su madre no entendía muy bien a qué se debía que haciéndolo todo igual que sus hermanos lograra cazar mucho menos que ellos. Decidió que lograría averiguar cuál era la causa, puesto que ella no veía que nada de lo que su hija hacía estuviese peor que lo que sus hermanos hacían.

Mientras tanto, sus hermanos se burlaban de la gatita blanca; a veces los jóvenes son muy crueles con sus semejantes. Le decían con sorna: “¡blanquita, te vas a poner morada de tanto cazar!” o también “¡como no mejores vas a pasar más hambre que un gato cojo!”.

Aunque los hermanos lo hacían sin malicia, sólo por divertirse, a ella esos comentarios le sentaban muy mal. A veces se escondía en algún agujero durante varias horas y allí, a solas, lloraba desconsoladamente. Otras veces se cobijaba junto a su madre, mientras sus hermanos coreaban al unísono algunas de las frases que se les ocurrían, bromeando.

Su madre comenzó a preocuparse por la tristeza que veía en su hija, seguía dándole vueltas sin saber a qué se debía que pudiese cazar tan pocas piezas en comparación con sus hermanos.

Un día decidió llevar a su hija, las dos solas, a la zona donde solían cazar, para ver, sobre el terreno qué era lo que fallaba.

Le dio instrucciones a su hija y la observó mientras intentaba cazar, en varias ocasiones, hasta que tras muchos intentos logró hacerse con un pequeño ratoncillo.

Mientras la hija jugaba con el ratón, antes de comérselo, la madre seguía pensando dónde estaba el fallo sin lograr averiguarlo.

Al final, la madre tuvo una idea para poder despejar la incógnita que tanto se resistía. Decidió hacer ella de presa, su hija tenía que intentar cazarla y así ella podría darse cuenta de qué era lo que ponía sobre aviso a los animales que lograban escapar de su hija cuando intentaba darles caza.





Así que habló con su hija y quedaron en que la gatita blanca debía intentar acercarse sigilosamente a su madre y saltar sobre ella, como si fuera un animal al que fuera a cazar.

La gatita blanca puso todo su empeño en representar su papel lo mejor que sabía, recordando todo lo que su madre le había enseñado, todo lo que había aprendido jugando y cazando con sus hermanos.

Se acercó teniendo en cuenta la dirección del viento, para no poder ser descubierta por el olfato, sigilosamente, deslizándose pegada al suelo, lentamente, sin ruido, tomándose todo el tiempo necesario para que la presa se confiase y no detectase nada que le hiciese sospechar ningún peligro.

Cuando estaba a punto de saltar sobre su madre, puesto que estaba a una distancia adecuada, su madre la descubrió y pudo esquivar su salto.

La gatita blanca, se quedó muy triste al ver que su madre la había descubierto. Su madre la lamió con gran delicadeza y cariño mientras le decía: “no te preocupes, sigue practicando con ahínco, dentro de unos meses cazarás mejor que tus hermanos y, tal vez, tendrás que ayudarles dándoles de comer alguna de las numerosas piezas que cazarás” y pensó “ahora ya sé qué es lo que pasa para que, en estos momentos, no caces tan bien como tus hermanos”.

Los meses pasaron y los gatos crecieron y se hicieron muy buenos cazadores, ya podían vivir por su cuenta aunque seguían muy unidos y seguían bromeando, en ocasiones, son su hermana que, aunque lograba cazar lo suficiente, era peor cazadora que ellos.

Llegó el invierno y un día, al salir de su casa, cuando pensaban ir de caza, se encontraron con todo el suelo completamente blanco y al andar las patas se les hundían en el suelo y hacía mucho frío. Buscaron a su madre y le preguntaron qué había ocurrido. Su madre, sonriente, les explicó que eso era nieve y que allí, gran parte del invierno se pasaba así, todo blanco. Luego, volviéndose hacia la gatita blanca le guiñó un ojo. Ella, en





ese momento no entendió a qué se debía ese guiño, entre cómplice y malicioso, que le había hecho su madre.

Los gatos, al saber que eso era normal, en esa época del año, salieron confiados a cazar como solían hacer todos los días... pero ese día las cosas fueron muy distintas, les costaba mucho más hacerse con las presas, a pesar de actuar como siempre: Cuando acabó la jornada estaban extenuados y apenas habían cazado alguna pieza... excepto la gatita blanca que había logrado suficientes presas como para poder compartir unas cuantas con sus hermanos que se sentían cansados y hambrientos... en ese momento la gatita blanca comprendió el guiño de su madre y una amplia sonrisa iluminó su cara.





La Reina Madre

Hace mucho tiempo, en un lejano paisaje africano, había un hormiguero muy próspero, donde las hormigas vivían muy bien, donde tenían cobijo y comida, donde no les faltaba nada de lo que pudiesen necesitar para vivir una existencia de hormiga que sería la envidia de cualquier otro hormiguero.

Por aquel entonces, el tiempo era muy beneficioso para el hormiguero, la temperatura, durante todo el año se mantenía dentro de unos límites que eran adecuados para no pasar demasiado frío, ni demasiado calor; las lluvias no perjudicaban el hormiguero puesto que se encontraba en un montículo y la tierra arcillosa de esa zona permitía que se encontrase prácticamente impermeabilizado.

En cuanto a la comida, era un lugar donde había comida allá donde la vista alcanzaba, plantas con sus frutos por doquier, pequeños y apetitosos insectos en abundancia, grandes rebaños de pulgones con una producción de “leche dulzona”, así la llamaban en esta comunidad, muy por encima de las necesidades que tenía el hormiguero, lo que permitía un excedente que permitía realizar trueques con otros hormigueros en los límites del territorio colonizado, así podían conseguir algún insecto o fruto que era difícil encontrar donde estaban instalados.

Hacía varios años que “La Reina Madre”, como la llamaban todos en la comunidad, había llegado a esas tierras y se había instalado en el próspero hormiguero. Ella sí que sabía lo dura que era la vida fuera de las fronteras del terreno conocido donde ahora se realizaban las actividades del hormiguero. Le costó muchos días de vuelo, con grandes peligros y un tiempo endemoniado, llegar a localizar el montículo donde, con gran acierto, decidió instalarse y procrear.





En un principio, hasta que logró organizar la colonia, pasó grandes necesidades; pero conforme pasaba el tiempo y la comunidad iba aumentando en número, asesorada por sus súbditos más inteligentes y capaces, el hormiguero iba mejorando en general, mejoraban en reservas de alimentos, en la construcción, cada vez más compleja, de inmensas galerías y grandes almacenes donde poder realizar acopio de lo que necesitaban, también se construyeron enormes salas cuna, donde “La Reina Madre” procreaba y donde su descendencia iba siendo alimentada hasta que eran capaces de trabajar y colaborar con la comunidad.

La prosperidad, al cabo de unos años, era impresionante... donde antes no había nada más que un montículo, ahora bullía la vida, todo era actividad, un continuo ir y venir de hormigas obreras trabajando todo el día y de hormigas soldado colaborando y vigilando por si fuera necesaria su intervención. En el interior del hormiguero “La Reina Madre” seguía con su tarea de procreación, cuidada y asesorada por algunos de sus descendientes, había cincuenta asesores personales que gestionaban bajo su supervisión la gran cantidad de asuntos diarios que debían resolverse, tenía a cien obreras que se encargaban de hacerle la vida lo más fácil y cómoda posible, también había cien soldados que cuidaban de su seguridad y de la de las obreras a su servicio. Estos asesores, obreras y soldados tenían ciertos privilegios de los que no disponían el resto de los habitantes: tenían acceso a todo el alimento que desearan, descansaban más horas que los demás y tenían libre acceso a cualquier estancia, además podían salir y entrar del hormiguero con total libertad.

“La Reina Madre” estaba tan ocupada en sus asuntos que hacía mucho tiempo que no visitaba el resto del hormiguero y no salía a pasearse por los alrededores, como solía hacer en un principio, para ver cómo se desarrollaba la vida de su comunidad. Las noticias que le llegaban a través de sus asesores eran de lo más halagüeñas, todo iba estupendamente, el hormiguero prosperaba cada día más y todos sus integrantes vivían una existencia feliz, con todas sus necesidades cubiertas.





Pasaron varios años y “La Reina Madre” seguía muy ocupada, supervisando todos los asuntos que sus asesores le indicaban, ocupándose de la procreación y sin apenas tiempo para dar una vuelta por sus estupendas estancias. Había hecho que le construyeran una enorme estancia donde discurría un pequeño hilillo de agua, a modo de riachuelo, y donde se habían sembrado algunas plantas que le permitían pasear entre flores, esto se había logrado gracias a un ingenioso asesor que había ideado un sistema de iluminación mediante varios agujeros que llegaban a la superficie, apoyado por varias luciérnagas capturadas con esa finalidad y que eran cuidadas y alimentadas adecuadamente por algunas obreras de su séquito. En esa estancia, “La Reina Madre”, pasaba los ratos de descanso que le permitía su arduo trabajo, allí lograba relajarse y recuperar fuerzas para volver con renovadas fuerzas a su labor. Fue una lástima que ese asesor tan ingenioso hubiese enloquecido, según decían sus asesores, y le hubiesen tenido que retirar a la estancia donde encerraban a aquellos que perturbaban la vida de la comunidad.

De esta forma, vivía aislada del exterior y del resto del hormiguero aunque sus asesores la mantenían constantemente informada de lo que ocurría.

Cierto día en el que se encontraba más activa de lo habitual, realizó su trabajo con gran celeridad y puso al día algunas tareas que tenía atrasadas, tenía ganas de terminar para poder relajarse un poco en su estancia-jardín. Pero cuando se dirigía hacia allí pasó por su mente un fugaz pensamiento que, poco a poco, fue tomando fuerza hasta convertirse en un deseo... le apetecía salir a dar una vuelta por el resto del hormiguero y por el exterior, por sus tierras. Comunicó a su asesor principal este deseo y le pidió que le proporcionara una escolta para poder circular con seguridad. Su asesor con el ceño fruncido intentó disuadirla de sus intenciones pero no lo logró, había tomado una decisión y cuando tomaba una decisión solía ser muy cabezota y era difícil hacerla cambiar de opinión. De nada sirvieron las recomendaciones del soldado jefe de seguridad indicándole que era peligroso aventurarse sin una preparación previa del recorrido y que su integridad podría correr peligro.





No sin grandes dificultades, por fin logró sus deseos, imponiendo su autoridad, algo que sabía hacer muy bien, al fin y al cabo era “La Reina Madre”.

Escortada por veinte soldados comenzó a recorrer las distintas estancias del hormiguero y conforme iba visitándolas sus ojos no podían dar crédito a lo que veían... fuera del entorno de las estancias reales y las estancias de su séquito, todo era pobreza, hacinamiento, hambre, sufrimiento. Vio cómo algunos soldados maltrataban a obreras exhaustas forzándolas a trabajar más de lo que su cuerpo podía aguantar, comprobó cómo el hambre y la miseria reinaba en el hormiguero, y cuando salió al exterior descubrió algo que nunca se hubiese imaginado... el vergel que ella conocía había desaparecido, todo estaba desolado, arrasado, los enormes rebaños de pulgones habían sido diezmados y apenas quedaban unos pocos. Las hileras de obreras, maltratadas por los soldados, se perdían en el horizonte en busca de alimentos que antes sobraban.

Desolada, “La Reina Madre”, reunió a su séquito y, con gran autoridad, pidió explicaciones de lo que había visto.

Sus asesores más destacados le aseguraron que hacía tiempo que estaban así, que no habían querido preocuparla contándole lo que había pasado cuando el tiempo cambió, sin previo aviso, y el exterior se fue deteriorando. Decidieron ocultarle la oscura realidad y hacer que viviese una agradable existencia, a costa de explotar con gran saña a las obreras del hormiguero, a base de hacerlas trabajar muchas más horas de lo recomendado, dándoles menos comida y forzando a los soldados a maltratar a todas aquellas que no aceptasen esas condiciones. De esa forma consiguieron que “La Reina Madre” pudiera seguir viviendo la vida a la que estaba acostumbrada.

El ingenioso asesor que construyó su estancia-jardín fue encerrado por enfrentarse al resto de los asesores, indicándoles que lo que estaba ocurriendo debía ponerse en conocimiento de “La Reina Madre” y que debían tomarse medidas, racionando la comida a todos, incluso a la ella y a su séquito. También había propuesto ciertas ideas para convertir la enorme estancia-jardín en huerto y





crear otras estancias iguales donde poder cultivar frutas y donde poder criar a los pulgones. Estas ideas, demasiado descabelladas para el resto de asesores a los que no les gustaban esos cambios y mucho menos tener que racionarse su comida y privilegios, acabaron por despertar el rencor del séquito real que no dejó que llegaran a oídos de “La Reina Madre”. Por eso acabaron por encerrarle y, de ese modo, terminaron con los quebraderos de cabeza que les estaba dando.

“La Reina Madre”, asombrada y aturdida, oyó todas las explicaciones que, uno por uno, le fueron dando sus asesores. Una vez oyó a todos decidió que tenía que realizar algunos cambios para poder salir del callejón sin salida en el que estaban. Ella sabía lo que era pasar necesidades, como cuando llegó a ese montículo, sabía lo que era trabajar duro y estaba decidida a hacerlo para sacar adelante, de nuevo, a su comunidad.

Lo primero que hizo fue destituir a todos los asesores que tenía en ese momento, luego hizo que soltaran al asesor ingenioso y le nombró su asesor personal. Junto con él eligió a varios integrantes del hormiguero, formando de esa manera un grupo de lo más variopinto. Este grupo, dirigido por el asesor ingenioso comenzó a trabajar sin demora en la reforma, según sus ideas, del hormiguero.

Fueron unos meses muy duros, todas los integrantes de la comunidad tuvieron que trabajar codo con codo, incluso los soldados tenían que ayudar a las obreras, turnándose en la vigilancia. Los víveres fueron racionados para todos, recibiendo cada habitante la misma ración, sin importar su condición, trabajo o rango.

Pasados esos meses, el exterior del hormiguero seguía igual de pobre, pero en el interior del hormiguero la vida había cambiado considerablemente, las grandes ideas del asesor ingenioso, secundadas y complementadas con otras ideas aportadas por el resto de asesores, habían convertido en enormes vergeles a gran parte del hormiguero, vergeles donde se cultivaban frutas diversas y otros vegetales comestibles, así como se había conseguido aumentar los rebaños de pulgones. La abundancia de alimentos





comenzaba a satisfacer las necesidades de todos y se había levantado la orden de racionamiento.

“La Reina Madre”, desde entonces, sale a pasear dos veces por semana, junto con el asesor ingenioso y se recorren todo el hormiguero, hasta el más recóndito rincón, controlando que la vida en la comunidad se desarrolla adecuadamente. De vez en cuando salen al exterior para comprobar si el tiempo ha vuelto a ser benévolo y les permite obtener algún alimento, aunque ya no es algo prioritario.

No obstante, “La Reina Madre”, tomó también, cuando todo había pasado, otra decisión: reunió a todos los integrantes de la comunidad y les dio su palabra de que, a partir de entonces, supervisaría periódicamente todo el hormiguero y, en el exterior, los alrededores. También se comprometió con todos a recibir personalmente a todo aquel que tuviese alguna queja que realizar o a quien tuviese alguna propuesta que hacer.

Su reinado duró muchos años, lo que duró su vida, siempre cumplió con su palabra y la prosperidad, a pesar de las adversidades climáticas periódicas, fue alabada por todos los hormigueros de la región.

Poco antes de morir, llamó a la hija que iba a heredar la corona y le dijo lo siguiente: “Nunca te aísles de tu pueblo, mézclate con él, sólo así conocerás la verdad de lo que ocurre, sólo así podrás gobernar con justicia y equidad, sólo así serás respetada y amada”.





El Búho Sabio

En la selva cuando la tarde se acerca a su final y los animales, después de estar todo el día realizando distintas actividades, pasean tranquilamente, sin prisas, disfrutando de la agradable temperatura veraniega y de la cálida luz del sol, que pronto se retirará hasta el amanecer: Sólo había un animal que en estas ocasiones solía estar inquieto, se trataba del cervatillo Penti que siempre estaba como abstraído, dándole vueltas a mil interrogantes que bullían en su cerebro. Tiene muchas preguntas que nadie le ha podido responder: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos?, ¿cuál es el sentido de la vida?...

Cuando Penti le hizo por primera vez estas preguntas a sus padres, estos se quedaron con cara de bobos, mirándose uno al otro, sin saber qué contestar a su hijo. Por sus mentes pasó el pensamiento de que este cervatillo siempre había sido muy raro, jugaba muy poco con el resto de cervatillos, siempre estaba haciendo preguntas que eran muy difíciles de contestar y que no se correspondían con lo que podía esperarse que preguntara un cervatillo de su edad. Pero estas preguntas ya eran excesivas, se salían de cualquier cosa que habían oído contar sus padres.

Ante estas preguntas y otras que Penti no dejaba de hacer, sus padres decidieron ser sinceros y le dijeron que ellos no habían estudiado casi nada y que sus conocimientos eran muy limitados, sus conocimientos eran más bien prácticos, adecuados para poder sobrevivir en el hábitat en el que se encontraban, fuera de eso no habían sentido nunca inquietud por conocer respuestas de preguntas que nunca se habían hecho. Le aconsejaron que preguntase a otros animales más sabios y le intentaron convencer de que esas preguntas no eran útiles, no le servían para lograr sobrevivir, para encontrar agua, comida, cobijo, etc. y que debía





centrarse en aprender jugando con otros cervatillos de su edad y observando lo que sus padres y el resto de los ciervos adultos hacían. Esa era la mejor manera, según sus padres, de aprender a vivir.

Estas explicaciones no convencieron a Penti que fue con sus preguntas, de aquí para allá, intentando encontrar alguien que se las contestase para así poder saciar su sed de saber.

Primero se dirigió al zorro, siempre había considerado que era un animal muy inteligente, cuando necesitaba cazar por muy difícil que estuviera alcanzar su presa, siempre se le ocurrían ideas geniales para poder atraparla, él tenía que saberlo.

Cuando el zorro oyó sus preguntas se le quedó mirando con la misma mirada que había visto en sus padres. Penti, antes de que el zorro le contestase, ya sabía que no tenía ni idea, que sus interrogantes no los iba a resolver este animal.

El zorro le dijo que no sabía cómo contestar a esas preguntas, que nunca antes las había oído y que nunca se le había ocurrido pensar en eso. No obstante se ofreció a hablarle sobre sus estrategias para cazar, sobre cómo engañar a su víctima para que se confíe y así poder atraparla, sobre las consideraciones que tenía que tener en cuenta en relación con el terreno y con la dirección del viento para que la presa no descubriese que el zorro andaba cerca, etc.

Estaba claro que el zorro sabía mucho de cacería, que era muy astuto, que cualquier cazador estaría orgulloso de aprender de este excelente maestro, pero no era lo que Penti buscaba, aún así escuchó con atención todo lo que le enseñó.

En cierta ocasión, aprovechando que pasó una manada de elefantes cerca de donde solía vivir, Penti pensó que estos animales que tienen tan buena memoria y un cerebro tan enorme podrían tener la solución a sus dudas.

Así que se armó de valor y se acercó, con mucho cuidado de no molestarla, a una elefanta que estaba comiendo tranquilamente





hojas que cogía de un árbol. La elefanta se sorprendió de ver acercarse tanto a un cervatillo pero no detectó que eso pudiera poner en peligro su integridad y continuó comiendo sin inmutarse. Lo que le pareció más raro fue que el cervatillo comenzase a la saludase y comenzase a hablar con ella. Dejó de comer y atendió con interés a Penti ya que ella siempre había sido muy educada, cortés y también muy curiosa y ese cervatillo estaba interesado en conversar con ella lo que nunca antes le había ocurrido.

Cuando Penti le contó que estaba buscando a alguien que le contestase unas preguntas y que nadie, de momento, se las había podido responder adecuadamente, la elefanta decidió ayudarle y le dejó que la preguntase.

Al oír las preguntas, la elefanta se quedó callada durante un momento, se rascó la cabeza con su trompa, carraspeó ligeramente y le dijo que eran preguntas que nunca se había planteado y que no conocía las respuestas, aunque también le dijo que dudaba de la utilidad de conocer ese tipo de respuestas y que tenía dudas también de que esas preguntas tuviesen respuestas.

De todas formas, se ofreció a enseñarle otras muchas cosas que ella conocía, a hablarle de otros lugares que había visitado, de los relatos que ella había oído a los miembros más ancianos de su grupo y de muchos otros temas que ella dominaba. Penti escuchó con atención, aunque no era lo que buscaba resultaba interesante escuchar a la elefanta y aprender de ella.

Cuando se despidió de la elefanta su conocimiento de la vida de los elefantes era mucho mayor de lo que cualquier otro ciervo sabría nunca. Pero su deseo de saber más y llegar a contestar esas preguntas seguía en su mente.

Decidió hacer caso de la elefanta, le había dicho que un animal que tal vez pudiese contestar a sus preguntas era el “Búho Sabio”, se trataba de un búho que vivía en lo más recóndito de la selva, alejado del bullicio, como si fuera un ermitaño, aunque era muy cordial y atendía a cualquier animal que se acercase a hablar con él.





Después de comunicar a sus padres su deseo de viajar para visitar al “Búho Sabio” y obtener su permiso, Penti inició su periplo por la enorme selva.

Durante el trayecto que duró treinta días Penti tuvo que hacer frente a multitud de situaciones, de las que salió airoso. Siempre recordará con cariño lo que le enseñaron el zorro y la elefanta puesto que sus consejos le salvaron la vida en varias ocasiones.

Por supuesto, durante el recorrido que realizó pudo ir aprendiendo más cosas de los animales que se iba encontrando y con los que entablaba conversación. Llegó a hablar hasta con animales que eran cazadores de su especie, como el león o el leopardo, incluso pudo preguntar a una enorme serpiente pitón. El secreto de Penti, para poder hablar con estos animales muy peligrosos para su integridad física, consistía en aplicar las enseñanzas recibidas del zorro y combinarlas con las recibidas de la elefanta, de esa manera se dio cuenta de que si se acercaba a estos animales, guardando las distancias, cuando acababan de comer y sólo tenían ganas de descansar podía conversar un rato con ellos sin peligro. Normalmente las caras que podía observar en ellos eran de sorpresa, de incredulidad y posteriormente, cuando comenzaban a conversar, de interés.

Penti con todo el bagaje de conocimientos que estaba adquiriendo en su viaje empezaba a ser conocido en la selva, puesto que en ocasiones había dado algún buen consejo con el que algún animal se había salvado de una muerte cierta. Esto hacía que cada vez le resultase más fácil hablar con cualquier animal y aprender de él además de darle algún consejo que le solicitase.

Por fin, llegó al lejano y alejado lugar donde vivía el “Búho Sabio”, se encontraba muy emocionado puesto que, posiblemente, sus dudas serían muy pronto aclaradas. Todos los animales que habían hablado con él le habían dado unas referencias buenísimas sobre la inteligencia y sabiduría del búho. Es decir, si alguien en este mundo sabía las respuestas a esas preguntas... ese era el “Búho Sabio”.





Vió al búho sentado con la mirada fija, totalmente abstraído. Penti se fue acercando a él, mientras pensaba que el sabio se encontraba meditando sobre algún tema trascendental por lo que decidió quedarse a cierta distancia, esperando a que el búho se percatase de su presencia.

Después de una hora el búho pareció salir de su ensimismamiento y dándose cuenta de que el cervatillo estaba allí le preguntó si era Penti, le dijo que había oído hablar muy bien de él y que estaría encantado de charlar con él.

Penti se sintió halagado, su fama había llegado hasta el “Búho Sabio”, eso facilitaría el diálogo. Sin más preámbulos, Penti decidió hacerle las preguntas que llevaba rumiando tanto tiempo.

El búho, al oírlas, sonrió apaciblemente y le dijo:

“Son unas preguntas muy interesantes, yo también me las he hecho muchas veces. Veamos si puedo responder a tus preguntas:

¿Quiénes somos? Tú eres un cervatillo y yo un búho.

¿De dónde venimos? Tú vienes del otro extremo de la selva y yo ya hace mucho tiempo que estoy aquí.

¿A dónde vamos? Eso lo sabremos cuando lleguemos allí.

¿Cuál es el sentido de la vida? Está claro que el tuyo es preguntar, aprender y seguir preguntando. El de otros animales es vivir, comer, reproducirse y morir. Son cosas que tú también tendrás que hacer además de preguntar”.

Esta vez el que puso cara de bobo fue Penti. Cuando se repuso de la sorpresa, que para él fueron esas respuestas dadas por un animal que se suponía que era sabio, se atrevió a articular unas palabras y le dijo al búho que esas respuestas no le satisfacían y que no era lo que él estaba buscando. Añadió que cuando le vio allí sentado meditando sintió una gran admiración y quería saber en qué estaba meditando puesto que, aunque no





hubiese colmado sus expectativas en relación con las preguntas formuladas, podía ser que el tema de meditación del búho fuese algo más importante que esas preguntas. Penti tenía mucho interés en el motivo que hacía que el “Búho Sabio” estuviese más de una hora sentado, abstraído en sus pensamientos.

El búho le volvió a mirar, con sus enormes y expresivos ojos, y le dijo que simplemente estaba observando una gota de agua que se había quedado retenida en una hoja.

Todavía más extrañado que antes, Penti le dijo: “¿para mirar una gota de agua en una hoja has estado más de una hora?”

Gran cantidad de pensamientos se agolpaban en la mente de Penti, no lograba comprender al búho, no le parecía una actitud cabal estar observando una gota de agua durante tanto tiempo... ¿para qué?

El búho pareció adivinar el pensamiento del cervatillo y contestó a la pregunta que pasaba por la mente de Penti: “A pesar de que has aprendido hasta ahora muchas cosas que otros animales no aprenderán en toda su vida, hay otras que todavía desconoces y hay lecciones que irás aprendiendo mientras vas viviendo”.

Cuando todavía Penti no había podido asimilar las palabras que le había dicho, debido a su estupefacción, el búho añadió: “Si quieres cruzar un puente sobre un gran río antes de construirlo seguramente te ahogarás. En una gota de agua podemos ver reflejado todo el universo aunque para ti, ahora, sólo sea una gota de agua”.

El cervatillo, sin decir nada, dio media vuelta, cabizbajo, pensativo, y se alejó lentamente, mientras a su espalda el “Búho Sabio” todavía le dijo una frase más: “No sigas buscando por la selva las respuestas para tus preguntas... todas las respuestas están en tu interior”.

Penti se volvió, sonrió al búho y le dio las gracias... aunque no tenía las respuestas que había buscado, el búho le había





proporcionado valiosas pistas para seguir buscando, para lograr ese conocimiento que llenase el vacío que sentía, ese vacío existencial que le estaba impidiendo contemplar el universo en una gota de agua. Ahora ya sabía dónde buscar.

